

EN LA GUAYANA DE VENEZUELA

El corazón verde de Canaima

NOTICIERO

Cruceros en Mar del Plata



El Puerto de Mar del Plata acaba de ser elegido como estación base de cruceros internacionales, y a partir de ahora podrán recalar en la ciudad balnearia naves con turistas provenientes de todas las latitudes. Las autoridades marplatenses informaron que la determinación de la Asociación de Puertos de Cruceros del Cono Sur de designar a Mar del Plata como estación de base para sus buques turísticos "es el resultado de las distintas obras que hemos encarado en esta ciudad, pero sin duda el haber dotado al puerto de 32 pies de calado y haber quitado el banco de arena que impedía el normal ingreso de barcos, han sido las razones fundamentales para esa decisión".

Primavera en pedales

En los dos últimos fines de semana del mes de setiembre se realizarán bicicleteadas por las islas del Paraná y la Reserva Natural Protegida de Otamendi, con cruce de ríos en transbordador y balsas durante el recorrido. El programa incluye hospedaje en casa isleña estilo inglés y/o campamento con servicios, guías especializados, traslados, desayunos y asado isleño. Precio: $ 85. Informes: Tel./fax: 4823-7569 y 4823-7746.

CORDOBA: LA CUMBRECITA Y SUS BOSQUES

Con acento alemán

En la Sierra de Calamuchita, bosques de color verde intenso trepan por los cerros de La Cumbrecita, el pueblo que surgió a imagen y semejanza de la Selva Negra de Alemania, cuando en la década del treinta se instalaron colonos alemanes. Cascadas, arroyos, hosterías y un toque misterioso.

Por Ana von Rebeur



UNA CABALGATA POR LAS SIERRAS Y LOS BOSQUES.

A sólo 700 kilómetros de Buenos Aires se puede encontrar un trozo de la germana Selva Negra insertado en la serranía cordobesa. Luego de recorrer unos 40 kilómetros de llanura pedregosa salpicada por yuyos secos en distintos tonos de amarillo desde Villa General Belgrano, el paisaje cambia y se adivinan bosques de un color verde oscuro e intenso que rematan las serranías. Estamos llegando a La Cumbrecita. Esta población nació por iniciativa de un grupo de familias de origen alemán que en los años 30 llegó a estas sierras pedregosas con la idea de explotar el ganado vacuno. Entre ellos se encontraba el ingeniero Kabiolsky, que había llegado al país como empleado de Siemens, megaindustria alemana creada por el inventor del tren eléctrico. La idea de que estas tierras sirvieran de pastoreo no cuajó: demasiadas piedras impedían el paso del ganado para buscar el alimento, y las vacas adelgazaban de manera alarmante o había que acercarles forraje, lo que encarecía su crianza. Los alrededores eran más adecuados para la crianza de cabras que de vacas lecheras. Entonces se dedicaron a convertir la loma pedregosa en un lugar lo más parecido posible a los pueblos alemanes que habían dejado atrás, con la idea de combatir la nostalgia. Y lo lograron.

Como la tierra seca y pedregosa de Calamuchita no dejaba que creciera otra cosa que cardones, espinillos y molles de dulce fruto muy apreciado por los nativos, los fundadores tuvieron que traer semillas y plantines de coníferas y robles –el árbol nacional de Alemania– para armar un incipiente bosque montañés. Y como la tierra gredosa de la zona no dejaba que estos árboles se desarrollaran, entonces también trajeron camiones enteros de tierra negra y fértil con los que llenaron enormes huecos cavados en la tierra seca.

Balcones: ***Las casas se construyeron a la usanza alemana, usando mucha madera y piedra, con balcones de leño y techos a dos aguas más adecuados para zonas de intensas nevadas.***

Las casas se construyeron a la usanza alemana, usando mucha madera y piedra, con balcones de leño y techos a dos aguas más adecuados para zonas de intensas nevadas que para una provincia donde el sol brilla todo el año. A medida que pasaba el tiempo, más familias alemanas se instalaron en la zona, sumándose a colaborar con el estilo nórdico y alpino. Así, lo que era un monte de espinillos se fue convirtiendo en un bosque de cedros, abetos y robles europeos. Ahora La Cumbrecita es un vergel en el desierto, con variadas especies de coníferas que se mecen con el viento, produciendo un rumor tranquilizante que acompaña al de los numerosos arroyos y vertientes. El resultado es un pueblo de montaña que oficia de mirador sobre las serranías circundantes, y que parece haberse convertido en el refugio y nido de todos los pajaritos de la zona, a juzgar por el concierto de cantos perpetuos que se escucha en todas partes.

Susurros en el bosque

Pero según parece, no sólo fueron aves las que buscaron esconderse entre estos árboles. Abelardo Castillo, el escritor argentino que este año publicó *El Evangelio según Van Hutten*, afirma que centró parte de su novela en La Cumbrecita porque ese lugar fue un refugio nazi. Asegura el autor que en el idílico cementerio bajo el bosque hay muchos nombres alemanes con grado militar. Castillo documenta sus palabras mostrando un viejo plano donde el arroyo aledaño que ahora se llama La Cumbrecita aparece con su nombre original: arroyo Mussolini.

Quien llega desde Villa General Belgrano queda sorprendido con el cambio de paisaje: la pampa seca se convirtió en un bosque encantado lleno de alegres acordes de música alemana, puesta ad hoc en los negocios de souvenirs. En ellos se exhiben artículos de madera pintada, cencerros alpinos de bronce, platos de cerámica pintada a mano, manteles bordados con los escudos de las provincias alemanas y el omnipresente motivo de la Edelweiss, flor nacional austríaca que crece en las nieves. Lo que no se ve son souvenirs con cruces svásticas. Los casetes de música cervecera también están a la venta.

Como no se permite el ingreso de automóviles –que quedan estacionados en la entrada– hay que recorrer el pueblo a pie, lo que da un excelente pretexto para curiosear todo en detalle. A la entrada, una lugareña le da a cada visitante una bolsita de papel para depositar en ella los residuosy no ensuciar el entorno. En la misma bolsita un impreso explica que el papel tarda unos meses en desintegrarse, mientras que el plástico lo hace en varios centenares de años. La consigna es clara: no estropear el medio ambiente.

Apfelstrudel: ***En ningún lugar el apfelstrudel sabe tan alemán como en estas sierras, y la torta de la Selva Negra o el Käisetorte invitan a repetir la porción.***

Un comedor muy familiar ofrece una excelente vista panorámica sobre el valle y los bosques circundantes, en el que también se pueden saborear algunos platos típicos: Weisswurst mit Sauerkraut (salchicha con chucrut), und Wienerschnitzel mit Kartoffelsalat (milanesa con ensalada de papas) y todas las variedades imaginables de salchichas, fiambres alemanes y embutidos. La gran tentación reside en los postres. En ningún lugar el Apfelstrudel sabe tan alemán como aquí, y la torta de la Selva Negra, o el Käsetorte invitan a repetir la porción.

Las callecitas de La Cumbrecita son de tierra, y con el plano en la mano no es difícil atravesar la ciudad, cuesta arriba, cruzando los espléndidos hoteles de estilo alpino y balcones que desbordan de geranios, como el Hotel Las Verbenas y el Hotel La Cumbrecita ($ 130-150 p/pers). La estadía en cualquiera de los dos garantiza una excelente comida casera con menú internacional y actividades como cabalgatas, caminatas por senderos de montaña, rafting, kayak, video, pileta de natación para el verano y hasta una guardería con personal especializado. También hay hoteles tres estrellas con media pensión –desayuno y cena– con precios más accesibles ($ 40 p/persona).

Donde se dirija la mirada hay un paisaje de ensueño. Cruzando un bosque de pinos, se atraviesan suaves pendientes repletas de piñas caídas que marcan el sendero ascendiente hasta la Cascada del Indio. Los más entusiastas bajan por una picada para ver la cascada desde abajo. Los que no bajan, se quedan disfrutando el premio mayor: ver grandiosos crepúsculos dorados a través de los bosques de pinos de La Cumbrecita, un trozo de Europa en el corazón de la Argentina.

MENDOZA: EL VALLE DE USPALLATA

Donde no sopla el viento

El Valle de Uspallata tiene un pasado místico y un presente silencioso. El pueblo, que fue un alboroto durante la época de la filmación de "Siete años en el Tibet", recuperó rápidamente la paz perdida.

Por Mariano Blejman

Una vez, hubo hordas de mujeres adolescentes escondidas entre las jarillas del Valle de Uspallata, a la espera de un zarpazo que las lanzara a la fama. Hubo fotógrafos disfrazados de mozos, monjes disfrazados de actores y rubios disfrazados de monjes. Eso sucedió cuando el director cinematográfico Jean-Jacques Annaud eligió el lugar en 1996 para recrear el Tibet y trajo al rubio Brad Pitt para que hiciera de influencia occidental en el mundo oriental. Que en realidad, quedaba a 100 kilómetros de Mendoza.

Hoy, el pueblo de Uspallata pasa sus días con cierta tranquilidad, frente a la mirada obnubilada de los turistas y la vista acostumbrada de sus habitantes. Su pasado fue tranquilo. El valle fue escenario de ocupación indígena huarpe en la época precolombina y algunos dicen que el largo Camino del Inca llegaba hasta la zona, incas incluidos.

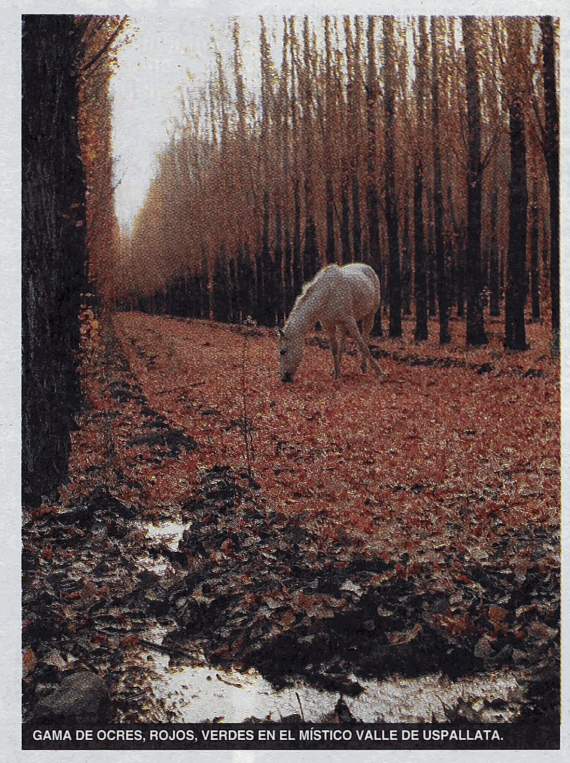
El pueblo de Uspallata goza de una posición geográfica envidiable, debido a que se encuentra entre la colosal Cordillera y la humilde precordillera de Los Andes. Sin dudas, la ciudad de ficción que armó el director cinematográfico francés, fue recreada con maestría en un lugar ideal. Hay una gama completa de ocres, rojos, verdes y tierra. Un valle místico, que algunos se animan a catalogar de mágico y que sus rastros pictóricos relatan una guerra en sus planicies. De hecho, allí se asentó una especie de secta a principios del año pasado, que esperaba una vez más la llegada del fin del mundo. Pero no llegó.

El nombre proviene del quechua y significa *yacta* o *llacta*, "pueblo" o "ciudad", y *uspa* quiere decir "silencioso" o "mudo". En el valle no soplan los vientos, no se oye sino el silencio que hay en todas las soledades, como escribió Juan Rulfo. Otros consideran que Uspallata significa "vertiente que aparece y corre sosegada", "garganta preferida o mejor paraje", "paraje de cenizas" o "lugar guarecido o rodeado de cerros". En el límite del valle, si uno se descuelga hacia la cumbre del Paramillo puede llegar a ver el Aconcagua.

Un pasado pisado

Cerca de Uspallata hay vestigios de un pasado perdido. En un principio el asentamiento blanco vino de la mano de los yacimientos de carbón, además de ser una Posta del Camino Real de los Virreinatos. Pero los primeros que pusieron sus pies sobre la tierra fueron los huarpes, en épocas en que todo era mucho más tranquilo. Los yacimientos y las pictografías por donde escapaba Pitt de los malvados tibetanos, aún se pueden apreciar en el Cerro Tunduqueral.

> **Bóvedas:** ***Las Bóvedas de Uspallata, extrañas construcciones en adobe, resistentes a la lluvia y la nieve, son muy visitadas por los turistas.***

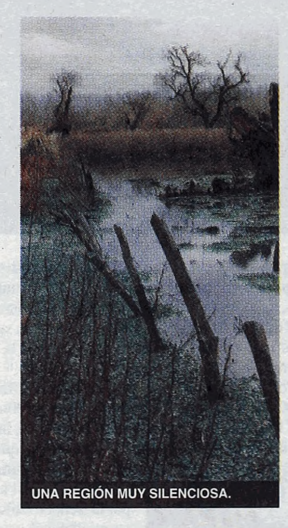

GAMA DE OCRES, ROJOS, VERDES EN EL MÍSTICO VALLE DE USPALLATA.

Hay viejas estancias, campos con pircas donde se cultivaron cereales, y vestigios de un pasado colonial. Un lugar "clásico" de la zona son las Bóvedas de Uspallata, extrañas construcciones en adobe resistentes al viento, la lluvia y la nieve, que han perdurado desde que una fila de la gesta sanmartiniana pasara por allí. Los edificios son blancos, rectangulares, achatados, con varias habitaciones y sus techos, tanto interior como exteriormente, presentan una curiosa forma de cúpula.

Sus paredes de barro y piedra están cubiertas con una capa de hollín. Y algunos suponen que allí se fundieron las armas utilizadas para la liberación de Chile. Otros sostienen que en esa época no hubo ningún tipo de trabajo militar en la zona. Estas construcciones fueron levantadas por los españoles para fundir el oro y la plata que se encontraban en las minas vecinas.

El 10 de diciembre de 1945, un decreto presidencial declaró a las bóvedas como monumento histórico nacional y hoy funciona allí un museo donde se exhiben armas antiguas, muebles coloniales, maquetas que detallan las distintas batallas contra las fuerzas realistas y objetos nativos regionales.

Pero de la zona, ya se fueron todos. En la época de oro de Pitt, fueron contratados más de 100 lugareños, que vieron transformadas sus humildes carretillas en autos modernos. Al pie del Tunduqueral se intentó reproducir parte de Lhasa, la ciudad sagrada del Tibet, donde la transformación espiritual de Heinrich Harrer, encarnada por Pitt, cobró 10 millones de dólares. Una cara bonita. Aunque nunca tan linda como la Pacha Mama mendocina.


UNA REGIÓN MUY SILENCIOSA.

TIEMPO Y DINERO

El dólar en América latina
Bolivia: 5,79 pesos
Brasil: 1,89 reales
Colombia: 1.900 pesos
Chile: 512 pesos
México: 9,3 pesos
Paraguay: 3.290 guaraníes
Perú: 3,35 nuevos soles
Venezuela: 617,7 bolívares
Uruguay: 11,6 pesos

El cambio en Buenos Aires
Libras esterlinas: 0,63
Francos franceses: 6,27
Francos suizos: 1,53
Marcos alemanes: 1,87
Pesetas: 159,19
Liras: 1854
Yen: 111,6

CLIMA EN EL MUNDO*

CIUDAD	MAX.	MIN.	CONDICIONES
Amsterdam	23	12	despejado
Asunción	26	12	despejado
Atenas	30	22	nuboso
Berlín	23	16	variable
Bogotá	18	9	nuboso
Bonn	22	12	nuboso
Bratislava	25	13	nuboso
Bruselas	24	13	despejado
Buenos Aires	24	11	despejado
Caracas	31	18	nuboso
C. del Cabo	18	11	nuboso
Copenhague	17	14	despejado
El Cairo	35	23	despejado
Estocolmo	20	10	nuboso
Ginebra	24	16	lluvioso
Guatemala	25	16	nuboso
La Habana	35	22	despejado
La Paz	19	4	despejado
Lima	17	14	nuboso
Lisboa	26	19	nuboso
Londres	21	18	nuboso
Los Angeles	29	18	despejado
Madrid	30	18	despejado
Managua	33	23	nuboso
Manila	32	24	despejado
México	24	14	nuboso
Miami	34	26	despejado
Montevideo	20	5	nuboso
Montreal	28	17	nuboso
Moscú	22	11	despejado
Nueva York	29	22	nublado
Oslo	16	8	variable
Panamá	34	23	despejado
París	25	14	nuboso
Pekín	28	20	nublado
Praga	24	11	nuboso
Pretoria	24	5	despejado
Quito	22	10	nuboso
Rabat	28	15	despejado
Río de Janeiro	32	10	nuboso
Roma	33	21	nuboso
San José	27	17	despejado
San Juan	32	26	nuboso
San Salvador	29	19	nuboso
Chile	16	5	nuboso
Tegucigalpa	30	19	nuboso
Tokio	32	25	despejado
Varsovia	21	10	despejado
Viena	24	18	lluvioso
Washington	29	21	nuboso
Zurich	23	18	lluvioso

** Datos del día viernes 27 de agosto.*

CRONICA DE UNA EXCURSION POR LA GUA

Los abismos verdes

Inmensas regiones de selva tropical, colosales montañas con forma de mese perdidos entre innumerables ríos. Y en el corazón de la Guayana de Venezuel encontrar el mítico El Dorado, la caída de agua más alta del mundo: el salto A

Por Julián Varsavsky

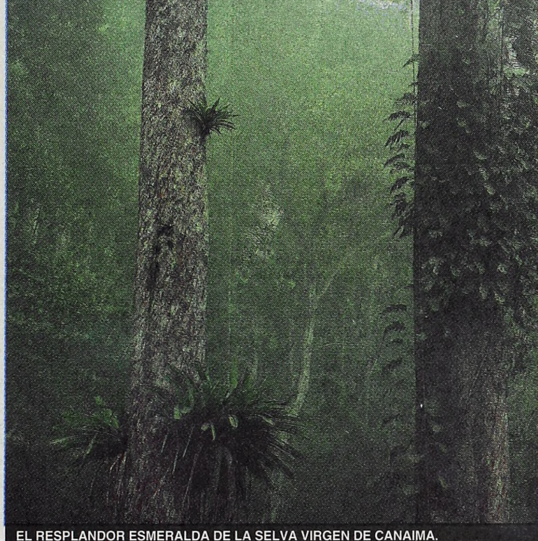
El andar del avión se vuelve vacilante. Los oídos nos advierten que descendemos, pero tras la ventanilla impera una blancura cegadora. De pronto, las nubes quedan arriba y, como resultado de una orden superior, el reflector solar se enciende sobre el salto Angel: el más alto del mundo –tres veces y media la torre Eiffel–. Desde la cumbre de una meseta de 1000 metros de altura, un río se arroja al vacío y se desintegra en el aire. Mientras cae, el agua se convierte en una densa llovizna blanca que atraviesa un pequeño arco iris. Al tocar tierra, el rocío se vuelve río otra vez para perderse serpenteando entre la selva.

Volamos por un gran cañón –casi a la altura de las paredes laterales– mientras el salto Angel va ganando nitidez. El avión hace tres incursiones ladeando el salto para que todos puedan ver esta catarata alta y flaca –la antítesis de las del Iguazú– y sus hermanas menores que emanan a lo largo de los 10 kilómetros de la meseta Auyantepuy.

Nos alojamos frente a una pequeña playa con arenas de un suave color rosado formada en el recodo de un río que se asemeja a una laguna. Nadie resiste la tentación de un complaciente baño en las aguas color té que bajan desde la cima de las mesetas. Las cabañas destinadas al turista respetan el modelo de la churuata indígena (base circular y techo cónico de hoja de palma), pero por dentro poseen todas las comodidades para una estadía placentera rodeadas por la selva virgen, y sin una sola construcción moderna a la vista.

En canoa por el río Carrao

La primera excursión parte en canoa a través del río Carrao y su laberinto de angostos afluentes. Vamos 10 personas navegando en una curiara indígena con motor fuera de borda, cavada en el tronco de un gran ceibo. Una maraña de árboles inmensos (con sus raíces entrando en el agua), lianas y enredaderas, nos encierra entre las dos orillas. Parecen macizas murallas verdes de

EL RESPLANDOR ESMERALDA DE LA SELVA VIRGEN DE CANAIMA.

Ya hemos dejado atrás el inmenso arco trazado por el río Orinoco –bien al sur del estado Bolívar–, tierra adentro, en el centro de la Guayana venezolana. Nos estamos internando en una tierra legendaria que enardecía los corazones de los conquistadores, quienes en el siglo XVII vinieron a buscar el ansiado El Dorado y sólo encontraron un infinito verdor. Es el Parque Nacional Canaima –con 3 millones de hectáreas–, el lugar ideal para compenetrarse con la selva amazónica, a sólo dos horas de la metrópolis, en pocos días y con todas las facilidades que satisfacen las exigencias básicas de turistas de todo el mundo.

15 metros de alto que nos oprimen a los costados; un compacto mundo vegetal, impenetrable y sin fisuras. El río delimita el avance de la selva y, de hecho, es lo único que la vegetación no doblega y traga.

El empuje poderoso de la corriente nos acerca a unos raudales con espumosos torbellinos. Pero el indio que conduce la curiara no quiere arriesgar a sus turistas y nos hace seguir a pie por un sendero selvático mientras él maniobra entre los rápidos. Nuevamente sobre la canoa, el resonante caudal nos arroja con furia a la anchura del río, donde las aguas se derraman para luego apaciguarse en imprevistos descansos. Pero de pronto el curso recobra nuevos bríos y se lanza otra vez a su vertiginosa carrera hacia los confines de la selva.

LOS VISTOSOS COLORES DEL "SAPITO MINERO".

Las aguas se han serenado. Navegamos lentamente y en silencio (con el motor apagado) impulsados por la corriente. De la nada se oye un impresionante graznido anunciándonos que se acerca, a vuelo rasante sobre las copas, la lechuza trompetera a cargo de la introducción de una Oda Musical en medio de la selva. Unos fastuosos guacamayos rojiazules vuelan en pareja cruzando el río, y se posan sobre una rama; una suerte de palco principal de esta exótica sala de conciertos. El canto aflautado de los turpiales asume la voz cantante, mientras que el pájaro violín afina su dulce y arpegiada melodía, seguramente escondido tras un secreto atril camuflado de hojas. Luego de un silencio de corchea, los sapos cantores frasean su aporte coral, al tiempo que la percusión y el ritmo son marcados por el pájaro carpintero. Como detalle sutil, la suave vibración del refinado colibrí sugiere la gama de matices que distingue a las grandes interpretaciones orquestales. Al final, a modo de aplauso, se oye la alegre algarabía de los pericos (loros verdes) que se alejan parloteando en bandada. Los músicos de la selva están dispersos y ocultos. Son ejecutantes sin rostro que sólo en ocasiones aparecen en escena; sin embargo siempre se los está oyendo. Interpretan su arte sincronizados por una enigmática batuta, acaso manipulada desde lo alto de un tepuy (meseta), donde se-

PESE A SU ENORME PICO, AL TUCÁN LE DICEN "PIAPOCO".



UN RECONFORTANTE BAÑO EN EL TRA

CRONICA DE UNA EXCURSION POR LA GUAYANA VENEZOLANA

Los abismos verdes de Canaima

Inmensas regiones de selva tropical, colosales montañas con forma de meseta llamadas Tepuy, ancestrales poblados indígenas perdidos entre innumerables ríos. Y en el corazón de la Guayana de Venezuela, donde los conquistadores españoles creyeron encontrar el mítico El Dorado, la caída de agua más alta del mundo: el salto Angel.

Por Julián Varsavsky

El andar del avión se vuelve vacilante. Los oídos nos advierten que descendemos, pero tras la ventanilla impera una blancura cegadora. De pronto, las nubes quedan arriba y, como resultado de una orden superior, el reflector solar se enciende sobre el salto Angel: el más alto del mundo –tres veces y media la torre Eiffel–. Desde la cumbre de una meseta de 1000 metros de altura, un río se arroja al vacío y se desintegra en el aire. Mientras cae, el agua se convierte en una densa llovizna blanca que atraviesa un pequeño arco iris. Al tocar tierra, el rocío se vuelve río otra vez para perderse serpenteando entre la selva.

Volamos por un gran cañón –casi a la altura de las paredes laterales– mientras el salto Angel va ganando nitidez. El avión hace tres incursiones ladeando el salto para que todos puedan ver esta catarata alta y flaca –la antítesis de las del Iguazú– y sus hermanas menores que emanan a lo largo de los 10 kilómetros de la meseta Auyantepuy.



EL RESPLANDOR ESMERALDA DE LA SELVA VIRGEN DE CANAIMA.

Ya hemos dejado atrás el inmenso arco trazado por el río Orinoco –bien al sur del estado Bolívar–, tierra adentro, en el centro de la Guayana venezolana. Nos estamos internando en una tierra legendaria que enardecía los corazones de los conquistadores, quienes en el siglo XVII vinieron a buscar el ansiado El Dorado y sólo encontraron un infinito verdor. Es el Parque Nacional Canaima –con 3 millones de hectáreas–, el lugar ideal para compenetrarse con la selva amazónica, a sólo dos horas de la metrópolis, en pocos días y con todas las facilidades que satisfacen las exigencias básicas de turistas de todo el mundo.

Nos alojamos frente a una pequeña playa con arenas de un suave color rosado formada en el recodo de un río que se asemeja a una laguna. Nadie resiste la tentación de un complaciente baño en las aguas color té que bajan desde la cima de las mesetas. Las cabañas destinadas al turista respetan el modelo de la churuata indígena (base circular y techo cónico de hoja de palma), pero por dentro poseen todas las comodidades para una estadía placentera rodeadas por la selva virgen, y sin una sola construcción moderna a la vista.

En canoa por el río Carrao

La primera excursión parte en canoa a través del río Carrao y su laberinto de angostos afluentes. Vamos 10 personas navegando en una curiara indígena con motor fuera de borda, cavada en el tronco de un gran ceibo. Una maraña de árboles inmensos (con sus raíces entrando en el agua), lianas y enredaderas, nos encierra entre las dos orillas. Parecen macizas murallas verdes de 15 metros de alto que nos oprimen a los costados; un compacto mundo vegetal, impenetrable y sin fisuras. El río delimita el avance de la selva y, de hecho, es lo único que la vegetación no doblega y traga.

El empuje poderoso de la corriente nos acerca a unos raudales con espumosos torbellinos. Pero el indio que conduce la curiara no quiere arriesgar a sus turistas y nos hace seguir a pie por un sendero selvático mientras él maniobra entre los rápidos. Nuevamente sobre la canoa, el resonante caudal nos arroja con furia a la anchura del río, donde las aguas se derraman para luego apaciguarse en imprevistos descansos. Pero de pronto el curso recobra nuevos bríos y se lanza otra vez a su vertiginosa carrera hacia los confines de la selva.



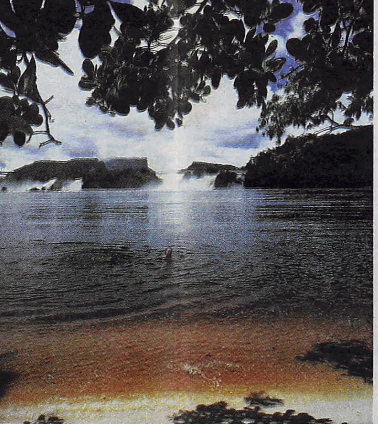
LOS VISTOSOS COLORES DEL "SAPITO MINERO".

Las aguas se han serenado. Navegamos lentamente y en silencio (con el motor apagado) impulsados por la corriente. De la nada se oye un impresionante graznido anunciándonos que se acerca, a vuelo rasante sobre las copas, la lechuza trompetera a cargo de la introducción de una Oda Musical en medio de la selva. Unos fastuosos guacamayos rojiazules vuelan en pareja cruzando el río, y se posan sobre una rama; una suerte de palco principal de esta exótica sala de conciertos. El canto aflautado de los turpiales asume la voz cantante, mientras que el pájaro violín afina su dulce y arpegiada melodía, seguramente escondido tras un secreto atril camuflado de hojas. Luego de un silencio de corchea, los sapos cantores frasean su aporte coral, al tiempo que la percusión y el ritmo son marcados por el pájaro carpintero. Como detalle sutil, la suave vibración del refinado colibrí sugiere la gama de matices que distingue a las grandes interpretaciones orquestales. Al final, a modo de aplauso, se oye la alegre algarabía de los pericos (loros verdes) que se alejan parloteando en bandada. Los músicos de la selva están dispersos y ocultos. Son ejecutantes sin rostro que sólo en ocasiones aparecen en escena; sin embargo siempre se los está oyendo. Interpretan su arte sincronizados por una enigmática batuta, acaso manipulada desde lo alto de un tepuy (meseta), donde según los indios, moran los dioses.

PESE A SU ENORME PICO, AL TUCÁN LE DICEN "PIAPOCO".

Un túnel de agua

Mientras avanzamos por el río, nos alcanza el extraño rumor del agua al estallar contra la piedra. A medida que nos acercamos, el rugido va in crescendo, hasta tornarse un estruendo constante que tapa las armoniosas melodías de la selva. El agua de la catarata cae con tal furia que sus salpicaduras cubren todo el paraje con una fina llovizna. El refrescante rocío nos baña y aspiramos un aroma a agua de manantiales. Hemos recorrido 30 kilómetros para desembarcar en el salto El Sapo, uno de los tantos que visitaremos en Canaima. Aquí nos espera una vivencia probablemente única en el mundo: caminar por un túnel de agua. Detrás del salto, entre una pared de roca y otra de agua, existe una hendidura donde es posible transitar por debajo de la catarata casi sin mojarse. El salto mide 20 metros de altura, y sobre nuestra cabeza pasan toneladas de agua atronadora que crean una gruesa cortina al alcance de la mano, que apenas deja traslucir una vaga luminosidad.





UN RECONFORTANTE BAÑO EN EL TRANSPARENTE RÍO DE AGUAS COLOR TÉ.

SALTO ANGEL. EL DESBORDE DE UN RÍO DESDE LOS MIL METROS DE ALTURA.

De regreso en el poblado de Canaima, la noche sobreviene súbitamente, sin crepúsculo, tras los tepuyes. En el restaurante nos espera un festín de pollos asados sobre leños en brasa. El condimento (opcional) es bachaco molido; léase, una especia en base a deliciosas hormigas rojas del tamaño de medio pulgar.

Por los senderos de la selva

El segundo día, las excursiones son por tierra y por agua. El guía es un indio pemón, vestido con su tradicional guayuco (taparrabos). Habla inglés (que aprendió en la vecina Guyana inglesa), castellano y tres idiomas indígenas. Dice llamarse Luis, pero según se sabe los pemones rara vez confiesan su verdadero nombre al hombre blanco. Ellos consideran que al revelarlo entregan algo de su persona. Con la misma celosía guardan también el nombre secreto de ciertos tepuyes que consideran particularmente sagrados.

La curiara nos acerca hasta un primitivo caserío indígena a la vera del río. Son apenas tres churuatas con paredes de bambú junto a la orilla. Una mujer pemón que tiene el pelo ensortijado con una cuerda de bejuco (tipo de maleza) hace girar dos pescados morocoto, ensartados en una rama sobre brasas ardientes. Su marido los acaba de pescar con una cerbatana.

Nos dirigimos a la Isla de las Orquídeas. Ahora sí, al pisar tierra nos internamos definitivamente en la selva a través de borrosos senderos. Caminamos bajo el ramaje inclinado de árboles enormes. De sus copas cuelga una barroca proliferación de lianas que se mecen sobre el camino. Los velludos troncos y las cañadas de bambú están cubiertos de una enrevesada abundancia de plantas trepadoras, helechos, líquenes y un sinnúmero de orquídeas que decoran los bosques con vistosos colores como el rosado, el lila, el amarillo suave o el violeta.

Cruzamos un arroyo a través de un rústico puente de troncos brotados de hongos. Aspiramos el aroma de los lirios salvajes y de una tierra mojada que nunca pisamos directamente, ya que el suelo está alfombrado con hojas. Al caminar hay que ser cuidadoso de no tropezar con el sapito minero –con la piel vistosamente coloreada de amarillo y negro–, que compite en exotismo con el plumaje del pájaro sietecolores.

En la selva el verdor se impone por unanimidad. Hasta la luz del sol se convierte en un suave resplandor esmeralda tras las paredes de vegetación que nos impiden ver más allá de los 10 metros. Nos aventuramos bajo una suerte de galerías vegetales que nos protegen de los chubascos que nunca faltan, y de esa otra lluvia –de fuego. que desciende del tiránico sol tropical.

Canaima parece recrear el mundo del génesis bíblico, reflejado en la furia de sus aguas y la serenidad de los tepuyes. Así habrá sido la tierra al comienzo de la vida; cuando la creación divina aún no había instalado al hombre, que todo lo modifica. Un universo abismal que conserva el primitivo encanto de lo intocado. Estamos en Canaima, un mundo extraviado que aún no ha revelado todo su secreto... Luego de haberla transitado, ya será muy difícil librarse de su misterioso influjo.

Datos útiles

Tours a Canaima: En Buenos Aires: Agencia VEN, Tel.: 4314-0740. En Venezuela: Hotel Tamanaco de Caracas (Tel. 58-2-914555) o en Caribex Tour (Tel. 58-2-728271/2). Desde Caracas, es posible adquirir solamente el pasaje (128 dólares) e intentar alojarse en alguna casa de familia en el poblado de Canaima. Previamente se debe sacar un permiso en Inparques de Caracas (Av. R. Gallegos, Parque del Este –frente al restaurante Carreta– Tel. 284-1956). La excursión se puede contratar también en Ciudad Guayana (estado Bolívar) o en la Isla de Margarita. Mediante una excursión opcional se puede llegar navegando hasta la base del salto Angel (5 días).

Homepage en Internet
(agencia de viajes)
Www.vintur.com/pa04e.htm
Orinoco Tours:
E-mail: orinoco@sa.omnes.net
Fax: 58-2-761-6801.

El tepuy: la morada de los dioses

Los tepuyes son gigantescas montañas de arenisca rosada, de cumbre perfectamente plana –en forma de terraza– y laderas verticales. Estas mesetas, que se elevan hasta los 2700 metros, terminan en ángulos rectos perfectos y poseen una geometría tan simétrica que parecen tallados por la mano del hombre. Tienen algo de torres y de fortalezas, pero son restos del gran "escudo guayanés", que hace 2000 millones de años cubría este territorio. Los escarpados perfiles de los tepuyes se elevan aisladamente en medio de extensas planicies sabaneras, y hay más de 100 en todo el parque. Están muy alejados uno del otro, pero parecen seguir una línea imaginaria que los conecta, como si fuesen fragmentos milenarios de una gran muralla, tan inconclusa como aquella de Oriente. Desde al avión, el horizonte se asemeja a un océano petrificado, de inmóvil oleaje verde, en el cual navegan estas colosales moles –asediadas por la selva–, como navíos fantasmagóricos.

YANA VENEZOLANA

s de Canaima

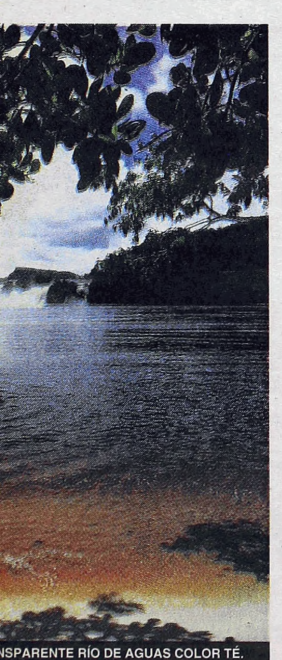
a llamadas Tepuy, ancestrales poblados indígenas , donde los conquistadores españoles creyeron ngel.



gún los indios, moran los dioses.

Un túnel de agua

Mientras avanzamos por el río, nos alcanza el extraño rumor del agua al estallar contra la piedra. A medida que nos acercamos, el rugido va in crescendo, hasta tornarse



NSPARENTE RÍO DE AGUAS COLOR TÉ.

un estruendo constante que tapa las armoniosas melodías de la selva. El agua de la catarata cae con tal furia que sus salpicaduras cubren todo el paraje con una fina llovizna. El refrescante rocío nos baña y aspiramos un aroma a agua de manantiales. Hemos recorrido 30 kilómetros para desembarcar en el salto El Sapo, uno de los tantos que visitaremos en Canaima. Aquí nos espera una vivencia probablemente única en el mundo: caminar por un túnel de agua. Detrás del salto, entre una pared de roca y otra de agua, existe una hendidura donde es posible transitar por debajo de la catarata casi sin mojarse. El salto mide 20 metros de altura, y sobre nuestra cabeza pasan toneladas de agua atronadora que crean una gruesa cortina al alcance de la mano, que apenas deja traslucir una vaga luminosidad.

SALTO ANGEL. EL DESBORDE DE UN RÍO DESDE LOS MIL METROS DE ALTURA.

De regreso en el poblado de Canaima, la noche sobreviene súbitamente, sin crepúsculo, tras los tepuyes. En el restaurante nos espera un festín de pollos asados sobre leños en brasa. El condimento (opcional) es bachaco molido; léase, una especia en base a deliciosas hormigas rojas del tamaño de medio pulgar.

Por los senderos de la selva

El segundo día, las excursiones son por tierra y por agua. El guía es un indio pemón, vestido con su tradicional guayuco (taparrabos). Habla inglés (que aprendió en la vecina Guyana inglesa), castellano y tres idiomas indígenas. Dice llamarse Luis, pero según se sabe los pemones rara vez confiesan su verdadero nombre al hombre blanco. Ellos consideran que al revelarlo entregan algo de su persona. Con la misma celosía guardan también el nombre secreto de ciertos tepuyes que consideran particularmente sagrados.

La curiara nos acerca hasta un primitivo caserío indígena a la vera del río. Son apenas tres churuatas con paredes de bambú junto a la orilla. Una mujer pemón que tiene el pelo ensortijado con una cuerda de bejuco (tipo de maleza) hace girar dos pescados morocoto, ensartados en una rama sobre brasas ardientes. Su marido los acaba de pescar con una cerbatana.

Nos dirigimos a la Isla de las Orquídeas. Ahora sí, al pisar tierra nos internamos definitivamente en la selva a través de borrosos senderos. Caminamos bajo el ramaje inclinado de árboles enormes. De sus copas cuelga una barroca proliferación de lianas que se mecen sobre el camino. Los velludos troncos y las cañadas de bambú están cubiertos de una enrevesada abundancia de plantas trepadoras, helechos, líquenes y un sinnúmero de orquídeas que decoran los bosques con vistosos colores como el rosado, el lila, el amarillo suave o el violeta.

Cruzamos un arroyo a través de un rústico puente de troncos brotados de hongos. Aspiramos el aroma de los lirios salvajes y de una tierra mojada que nunca pisamos directamente, ya que el suelo está alfombrado con hojas. Al caminar hay que ser cuidadoso de no tropezar con el sapito minero –con la piel vistosamente coloreada de amarillo y negro–, que compite en exotismo con el plumaje del pájaro sietecolores.

En la selva el verdor se impone por unanimidad. Hasta la luz del sol se convierte en un suave resplandor esmeralda tras las paredes de vegetación que nos impiden ver más allá de los 10 metros. Nos aventuramos bajo una suerte de galerías vegetales que nos protegen de los chubascos que nunca faltan, y de esa otra lluvia –de fuego. que desciende del tiránico sol tropical.

Canaima parece recrear el mundo del génesis bíblico, reflejado en la furia de sus aguas y la serenidad de los tepuyes. Así habrá sido la tierra al comienzo de la vida; cuando la creación divina aún no había instalado al hombre, que todo lo modifica. Un universo abismal que conserva el primitivo encanto de lo intocado. Estamos en Canaima, un mundo extraviado que aún no ha revelado todo su secreto... Luego de haberla transitado, ya será muy difícil librarse de su misterioso influjo.

Datos útiles

Tours a Canaima: En Buenos Aires: Agencia VEN, Tel.: 4314-0740. En Venezuela: Hotel Tamanaco de Caracas (Tel. 58-2-914555) o en Caribex Tour (Tel. 58-2-728271/2). Desde Caracas, es posible adquirir solamente el pasaje (128 dólares) e intentar alojarse en alguna casa de familia en el poblado de Canaima. Previamente se debe sacar un permiso en Inparques de Caracas (Av. R. Gallegos, Parque del Este –frente al restaurante Carreta– Tel. 284-1956). La excursión se puede contratar también en Ciudad Guayana (estado Bolívar) o en la Isla de Margarita. Mediante una excursión opcional se puede llegar navegando hasta la base del salto Angel (5 días).

Homepage en Internet
(agencia de viajes)
Www.vintur.com/pa04e.htm
Orinoco Tours:
E-mail: orinoco@sa.omnes.net
Fax: 58-2-761-6801.

El tepuy: la morada de los dioses

Los tepuyes son gigantescas montañas de arenisca rosada, de cumbre perfectamente plana –en forma de terraza– y laderas verticales. Estas mesetas, que se elevan hasta los 2700 metros, terminan en ángulos rectos perfectos y poseen una geometría tan simétrica que parecen tallados por la mano del hombre. Tienen algo de torres y de fortalezas, pero son restos del gran "escudo guayanés", que hace 2000 millones de años cubría este territorio. Los escarpados perfiles de los tepuyes se elevan aisladamente en medio de extensas planicies sabaneras, y hay más de 100 en todo el parque. Están muy alejados uno del otro, pero parecen seguir una línea imaginaria que los conecta, como si fuesen fragmentos milenarios de una gran muralla, tan inconclusa como aquella de Oriente. Desde el avión, el horizonte se asemeja a un océano petrificado, de inmóvil oleaje verde, en el cual navegan estas colosales moles –asediadas por la selva–, como navíos fantasmagóricos.

NOTICIERO

Concursos españoles

"Paradores de Turismo de España" ha convocado al I Premio Internacional de Periodismo destinado a aquellos trabajos periodísticos que en prensa escrita, radio y televisión, y en cualquier idioma, se refieran a la Red Paradores de Turismo. Las notas –publicadas entre el 1º de enero y el 15 de noviembre de este año– deberán presentarse antes del 31 de noviembre. Asimismo, Paradores convoca a la segunda edición del Premio Internacional de Relatos sobre Paradores de Turismo de España para obras inéditas, destinado a escritores de cualquier nacionalidad. La fecha límite de presentación a este concurso es el 31 de octubre de 1999. Informes: Tel. (34) 91-516 6666. Fax: (34) 91-516 6657. En Internet: www.parador.es

Y la nave va

En el mes de mayo del 2000 partirá de Nápoles la nave de Federico Fellini. Se llamará "Alántica" y será el crucero más grande de Europa. Podrá alojar a 2500 pasajeros y sus 12 puentes serán bautizados con los títulos de las películas más conocidas del cineasta. En el puente dedicado a *La strada*, habrá un salón donde se expondrán imágenes fotográficas de los años de los "paparazzi" y de la *Dolce Vita*.

Vuelos a Australia

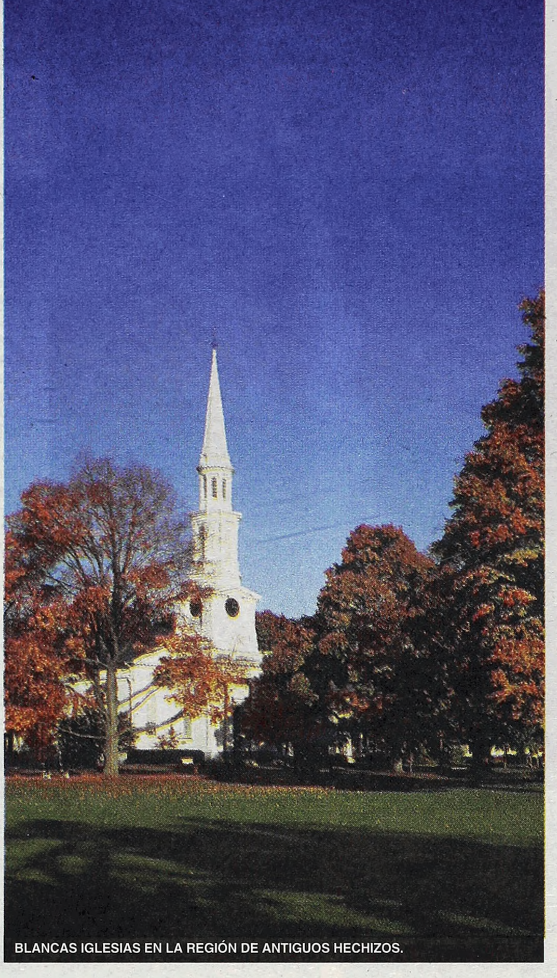
Hasta el 30 de octubre, la compañía australiana Qantas tiene una promoción especial llamada "Down Under", por la cual el pasaje Buenos Aires-Sydney (o Melbourne, o Brisbane) cuesta 1199 dólares. La misma tarifa se aplica para quienes viajen desde Rosario, Córdoba, Mendoza y Montevideo hasta esas ciudades, con lo cual los pasajeros se ahorran el costo del vuelo hasta Buenos Aires. La promoción es válida para quedarse entre 7 y 21 días. Qantas tiene dos vuelos semanales a Sidney vía Auckland, con salidas viernes y domingos después de la medianoche. Informes: Oficina de Reservas de Qantas, Tel. 4320-6688.

EE.UU.: SALEM, EN EL ESTADO

Un pueblo

Cerca de Boston, Salem vive en torno del recuerdo de la trágica caza de brujas del siglo XVII. Una ciudad histórica, de pioneros y navegantes, con el más puro espíritu de Nueva Inglaterra.

Por Graciela Cutuli


BLANCAS IGLESIAS EN LA REGIÓN DE ANTIGUOS HECHIZOS.

Salem y las brujas. Inevitablemente, un nombre lleva al otro, y hace olvidar a veces que esta pintoresca ciudad de Nueva Inglaterra que hoy alimenta su particular mitología con museos sobre la brujería y aquelarres para turistas fue uno de los principales puertos de Estados Unidos en tiempos de los pioneros, y cuna del escritor Nathaniel Hawthorne. Recorrer Salem provoca sentimientos encontrados, porque si bien el artificio reina por todas partes, también es cierto que los lugares donde se produjeron los trágicos juicios por brujería en el siglo XVII siguen provocando desconcierto y horror trescientos años más tarde. De muchas maneras, Salem permite acercarse a ese pasado para comprenderlo mejor, y para revivirlo en los lugares que han quedado intactos desde entonces.

Las brujas de Salem

El lugar donde realmente comenzó toda la historia no fue la actual Salem, sino el vecino pueblo de Danvers, que en 1692 era conocido como "Salem Village". Fue allí donde se enfermaron Betty y Abigail, la hija y la sobrina del reverendo Samuel Parris, y donde se diagnosticó el primer caso de brujería. La acusación no era menor: para la ley británica, que era la base de la estructura legal en la bahía de Massachusetts en aquel tiempo, quien tenía trato con el diablo cometía una traición contra el gobierno. La pena para ese delito era la muerte.

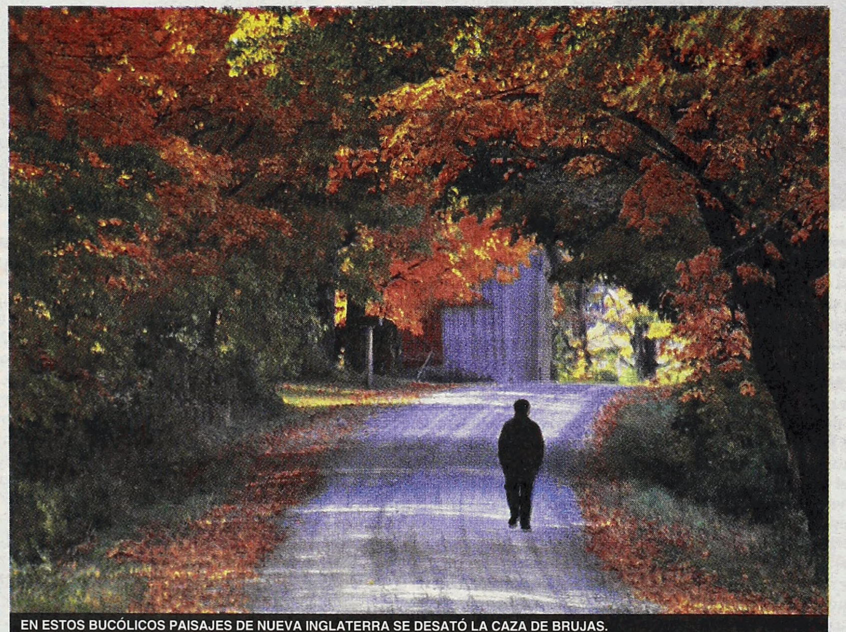
Hoy día no resulta comprensible el desarrollo de los juicios por brujería si no se intenta al mismo tiempo comprender lo que era la mentalidad de la época en esta parte de Estados Unidos. A las fuertes influencias de la creencia en el diablo hay que agregar las tradicionales rivalidades entre las familias, y la competencia entre el "Salem Village" y la ciudad del mismo nombre. El resultado fueron diecinueve hombres y mujeres ahorcados, un hombre que murió apedreado y otros que dejaron su vida en la cárcel.

Tres siglos más tarde, la visita a Salem puede comenzar en pleno centro de la ciudad, donde se encuentra la oficina de información del National Park Service: allí los visitantes pueden asistir a una presentación multimedia sobre la historia de Nueva Inglaterra que resulta una excelente introducción general sobre la región. Muy cerca, el Peabody Essex Museum exhibe colecciones sobre las artes decorativas norteamericanas, la temprana arquitectura estadounidense y todo lo relacionado con el arte marítimo, que alcanzó gran desarrollo en esta rica zona de puertos.

La importancia de la actividad comercial marítima se refleja hoy también en el Salem Maritime National Historic Site, un conjunto de varias hectáreas que comprende doce estructuras históricas en la costanera de la ciudad, entre muelles, la aduana y otras casas que concentraban el comercio local (además de la céntrica oficina de informaciones).

Salem y los juicios

Escobas, sombreros puntiagudos y vestimentas negras forman parte de una mitología relacionada con las brujas –y alimentada sobre todo por fiestas como la de Halloween– que, aunque también tiene su veta de souvenir presente en Salem, hay que dejar de lado a la hora de visitar los lugares relacionados con los juicios del siglo XVIII. Muchos de los edificios


EN ESTOS BUCÓLICOS PAISAJES DE NUEVA INGLATERRA SE DESATÓ LA CAZA DE BRUJAS.

DE MASSACHUSETTS

embrujado

originales donde tuvieron lugar los hechos desaparecieron, y son recordados mediante simples placas, pero también quedan construcciones de la época tanto en Salem como en Danvers y otros pueblos cercanos involucrados en el caso.

En el templo masónico de Washington Street, cerca del cruce con Lynde Street, se encontraba la corte que en 1692 juzgó y condenó a 19 personas, como lo señala un cartel recordatorio. El edificio fue demolido en 1760. En Essex Street, cerca del cruce con Washington Street, se levantaba la sala de reuniones de la iglesia de Salem, donde fueron examinadas varias de las mujeres acusadas y donde una de ellas, Rebecca Nurse, fue públicamente excomulgada. También se puede visitar el Charter Street Cemetery, donde están enterradas cuatro personas relacionadas con los casos de brujería, entre ellas el juez John Hathorne (antepasado del escritor Nathaniel Hawthorne, que agregó una "w" al apellido familiar y acusó a su tatarabuelo de haber "heredado un espíritu de persecución, y de haberlo aplicado de manera tal en el martirio de las brujas, que se puede decir que su sangre debe haber dejado una mancha sobre él"). Es un misterio, en cambio, el lugar donde fueron enterradas las personas acusadas de brujería. Por el delito que supuestamente habían cometido no tenían derecho al funeral en la tierra consagrada de un cementerio cristiano, de modo que cada familia se ocupaba de sepultarlos de manera privada en un lugar que se mantenía lejos del conocimiento público. A modo de homenaje a las víctimas de la caza de brujas, en 1992 se levantó un monumento, el Witch Trials Memorial, ubicado cerca de este cementerio.

Muchos de los documentos originales relacionados con las acusaciones y ejecuciones se conservan en el Essex Institute. Allí se guardan objetos como los bastones que usaba George Jacobs, uno de los condenados por brujería: según las jóvenes "embrujadas", el espectro del artítrico anciano las golpeaba con esos bastones... Otra posibilidad es recorrer a pie la "ruta de Gallows Hill", a través de St Peter's Street, Essex Street, Boston Street y Aborn Street, que era el camino que debían hacer los condenados entre la prisión y el sitio fijado para la ejecución.

> **Bastones:** ***En Salem se guardan objetos, como los bastones de un anciano condenado por brujería, cuyo "espectro" –según las jóvenes "embrujadas"– los usaba para golpearlas.***


ESPECTÁCULOS Y REPRESENTACIONES EN EL TRICENTENARIO DEL PROCESO.

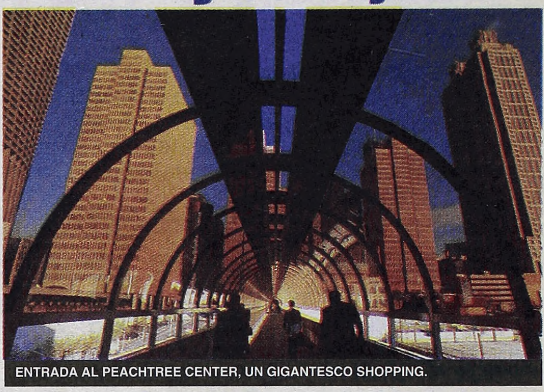
Finalmente, uno de los sitios más interesantes es la Jonathan Corwin House, popularmente conocida como "Witch House" (Casa de las Brujas), construida probablemente alrededor de 1670 en la esquina de North y Essex Street. A pesar de ese nombre, nadie acusado de brujería ni preso por ese motivo vivió nunca en este lugar: la casa pertenecía a Jonathan Corwin, un comerciante de Salem que presidió en ella, junto a Hathorne, varios de los exámenes realizados sobre las supuestas brujas. En 1944 la casa estuvo a punto de ser destruida, pero la conciencia histórica de un grupo de habitantes de Salem logró reunir el dinero necesario para restaurarla (sería la primera de una serie de restauraciones y trabajos dedicados a recuperar la memoria de la ciudad). En esta casa se organizan visitas guiadas sobre la vida cotidiana, los muebles y la arquitectura del siglo XVII; por supuesto, también se relata todo lo relacionado con los primeros juicios por brujería de Salem. Sin embargo, a pesar de lo detallado de las explicaciones y de la completa documentación que se exhibe en éste y otros lugares de la ciudad, hay una pregunta –qué fue lo que provocó la conducta de las jóvenes "embrujadas", y su imparable ola de acusaciones– para la cual nadie tiene una respuesta.

Museos y brujas

A sólo una cuadra del centro de informaciones, un edificio en un forzado estilo antiguo alberga el Salem Witch Museum, que permite una suerte de "viaje en el tiempo" hacia el Salem de 1692, con una recreación destinada a suplir la falta de auténticos escenarios históricos. En torno del inevitable tema de las brujas giran también el Witch Dungeon Museum, donde actores y actrices en trajes de época representan los juicios por brujería basándose en las transcripciones originales, para luego seguir con una visita a las mazmorras, y el Salem Wax Museum, un museo de cera con figuras fabricadas en Londres que explota toda la vena trágica de los juicios, gracias a la fidelidad de sus estatuas pero también a una presentación multimedia que no ahorra imágenes ni sonidos para ambientar al visitante en la atmósfera de la Salem puritana de 1692. Sin embargo, quien aún siga fascinado por las brujerías deberá pasar también por el cercano Salem Witch Village, donde se puede estudiar todo lo que tiene que ver con la realidad histórica y las supersticiones en torno de las brujas. Una vez cumplida esta visita, se habrá comprobado que Salem no deja ni un solo detalle librado al azar para transformar su historia en atracción turística, aunque sea una historia teñida por el terror.

ATLANTA, LA CAPITAL DE GEORGIA

Cenizas y burbujas


ENTRADA AL PEACHTREE CENTER, UN GIGANTESCO SHOPPING.

Pese a que Estados Unidos participó en las dos guerras mundiales y en innumerables conflictos bélicos en distintas regiones del planeta, en su territorio sólo una ciudad fue arrasada por tropas militares. En 1864, durante la guerra civil norteamericana, Atlanta quedó en ruinas después de que el general yanqui William Tecumsea Sherman ordenó incendiarla para continuar su devastadora marcha hacia el mar a través del actual estado sureño de Georgia. Apenas el temible general y su ejército se alejaron del humeante pueblo, sus habitantes regresaron y rápidamente construyeron una nueva ciudad. Desde entonces, el símbolo de Atlanta es el Ave Fénix y su lema, "Resurgir".

Hoy, la capital del estado de Georgia es considerada una de las ciudades de más rápido crecimiento de Estados Unidos. En poco más de 150 años, el arbolado territorio indígena que luego fue un cruce de ferrocarril llamado Terminus, y después un pueblo rústico y salvaje conocido como Marthasville, fue evolucionando aceleradamente hasta convertirse en la gran ciudad del sudeste norteamericano, cuyo perfil cambia constantemente con la construcción de nuevos rascacielos. Ya en el siglo pasado, al finalizar la Guerra Civil, pasó rápidamente a ser la capital estatal y un centro regional para agencias federales y comandos militares. Pero quizá uno de los mayores acontecimientos que registra la ciudad es ser el lugar donde en 1886 se inventó la Coca-Cola.

Atlanta no quiso quedarse atrás del arrollador crecimiento de su famosísimo refresco y en la actualidad es el núcleo financiero, comercial, industrial, de transporte, educativo y cultural del sudeste. Además de su aeropuerto internacional, reconocido como la terminal de pasajeros aéreos más grande del mundo, cuenta con el impresionante Peachtree Center, un centro comercial que exacerba el consumo, y el gigantesco Georgia World Congress Center, entre otros monumentales edificios. Y como si todo esto no fuera suficiente, la ciudad es también la sede de las oficinas centrales de la cadena CNN (Cable News Network), ubicadas en la esquina de Marietta Street y Techwood Drive, un lugar que no puede quedar excluido en un itinerario por esta capital.

Después de recorrer el centro de la ciudad, donde se encuentra el museo dedicado a la memoria de Martin Luther King, el líder de la lucha contra la discriminación racial, es usual que los visitantes quieran conocer el "Midtown", la zona de Atlanta que fue el escenario del movimiento hippy en la década del sesenta. Actualmente es el centro del arte y el teatro y cuenta con numerosos bares, restaurantes, cines y galerías. Pero fiel a su lema "Resurgir", la ciudad también ha dejado surgir en estos barrios los grandes edificios de cemento, vidrio y acero de las metrópolis del fin del milenio.

Considerando la importancia de Atlanta como centro de convenciones y exposiciones, diversas líneas aéreas tienen a esta ciudad en su plan de vuelo desde Buenos Aires. Incluso, este mes se acaba de inaugurar el nuevo vuelo de la aerolínea LAPA con destino final en la capital de Georgia, cuyo aeropuerto ofrece conexiones a otras ciudades estadounidenses y es también un punto estratégico para grandes compañías internacionales.

Por Elías Canetti *

MARRUECOS: RELATO DE VIAJE DE ELIAS CANETTI

El bazar de los secretos

Olores, colores, gestos, imágenes y secretos en el fantástico laberinto de los "suks", los puestos del mercado de Marruecos. La sagacidad del viajero y el ojo del narrador en este relato que el autor de *La lengua absuelta* escribió sobre las experiencias de su viaje al norte de Africa en 1954.

Los suks son aromáticos, frescos y plenos de colorido. El olor, siempre es agradable, varía a cada paso según la naturaleza de los productos. No existe nombre ni anuncio alguno, tampoco un solo escaparate. Todo cuanto hay a la venta está expuesto. Nunca se sabe lo que costarán las cosas, igual suben los precios que permanecen estables.

Los puestos y tiendas en los que se vende lo mismo están apiñados en agrupaciones de veinte, treinta o más. Hay un bazar de verduras y otro de artículos de piel. Los corderos tienen su sitio y los cesteros el suyo. Entre los vendedores de tapices algunos poseen grandes y amplios almacenes; se pasa por delante de ellos como si constituyesen una ciudad aparte, en la cual se nos invita enfáticamente a entrar. Los joyeros se disponen alrededor de un patio propio, en muchas de cuyas estrechas tiendas pueden verse hombres trabajando. Se encuentra de todo, pero siempre repetido.

La cartera de piel que se desee está expuesta en veinte tiendas diferentes, y cada una de esas tiendas linda estrechamente con las demás. He ahí un hombre que se agacha en medio de su mercancía. Lo tiene todo a mano, el espacio es escaso. No necesita apenas moverse para alcanzar cualquiera de las carteras de piel, y sólo por amabilidad, cuando no es muy viejo, se levanta. También el hombre del puesto contiguo, de apariencia muy diferente, se sienta en medio de los mismos artículos. Y así, durante tal vez cien metros a ambos lados del pasaje cubierto. Se ofrece, por así decir, todo cuanto en artículos de piel de todo Marruecos del sur posee este enorme y famoso bazar de la ciudad. Esta exposición se presta al orgullo. De una sola vez se muestra lo que se produce, pero también cuanto existe. Parece como si las carteras supiesen que son la riqueza misma y se exhibiesen bellamente dispuestas a los ojos de los transeúntes. No nos extrañaría en absoluto que, de repente, todas las carteras se uniesen en rítmico movimiento y mostrasen, en polícroma y orgiástica danza, toda la seducción de que son capaces.

Ese sentimiento asociativo entre los objetos, unidos en su aislamiento frente a todos los demás, es avivado por los transeúntes a su antojo en cada corredor de los suks. "Hoy me apetecería caminar entre las hortalizas", se dice a sí mismo, y la maravillosa mezcolanza de olores sube por su nariz y aparecen ante sí los grandes canastos de pimientos rojos. "Hoy me haría ilusión las lanas tintadas", y al momento cuelgan de lo alto por todos lados, en púrpura, en azul oscuro, en amarillo solar y negro. "Hoy quiero caminar entre los cestos y ver cómo se trenzan."

Es inaudita cuánta dignidad adquieren estos objetos hechos por el hombre. No son siempre bellos, más y más morralla de dudosa procedencia, elaborada industrialmente, es introducida furtivamente traída desde las tiendas del Norte. Pero la forma en que son presentadas es todavía la antigua. Junto a las tiendas, donde sólo se vende, existen muchas otras en las que aún se puede ver cómo se elaboran los productos. Así se asiste a su elaboración desde el principio y todo resulta claro para el observador. Pues es propio de la desolación de nuestra vida moderna el hecho de recibir en casa, y para su disfrute, listo y bien dispuesto el producto, como salido de horribles aparatos mágicos. Aquí, empero, podemos ver al cordelero afanado en su trabajo, y cómo junto a él cuelga el acopio de cordeles terminados. En recintos diminutos, tropel de pequeños mozos, seis o siete a la vez, tornean la madera, y hombres aún jóvenes ensamblan mesitas bajas con los trozos elaborados por los muchachos. La lana cuyos luminosos colores nos fascinan, se tiñe en nuestra presencia, y por todas partes se sientan muchachos que tejen gorros según muestras vistosas y coloreadas.

Es una actividad abierta, y cuanto ocurre se presenta como el producto acabado. En una sociedad, que tanto oculta, que esconde celosamente a los extraños el interior de sus casas, la figura y el rostro de sus mujeres e incluso sus lugares santos, esa progresiva apertura de cuanto se elabora y vende, resulta atrayente en doble medida. (...) Al paseante, que transita afuera, nada lo separa de los objetos, ni puertas ni cristales. El comerciante, sentado abajo entre sus objetos, no muestra nombre alguno que los distinga, y como ya dije, le resulta muy sencillo alcanzar cualquiera de ellos. Al curioso se le ofrece gustosamente cualquier mercancía. Puede tenerla largo tiempo en la mano, puede hablar largamente sobre ella, hacer preguntas, exteriorizar dudas, y si le apetece, traer a colación su historia, la historia de sus orígenes y la historia de todo el mundo, sin comprar absolutamente nada. El comerciante es, ante todo, silencioso. Siempre está sentado ahí; siempre observando de cerca. Cuenta con poco espacio y escasa posibilidad para demasiados movimientos. Pertenece tanto a sus productos como éstos a él. Nunca están ocultos. Siempre tiene sus manos y sus ojos puestos en ellos. Cierta intimidad seductora se establece entre él y sus objetos. Como si formasen parte de su numerosa familia, los cuida y los mantiene en orden.

No le estorba ni le cohíbe conocer exactamente su precio: lo guarda en secreto y nunca lo llegaremos a saber. Esto añade a la conducta del comerciante algo apasionadamente misterioso. Sólo él puede saber cuán cerca estamos de su secreto, y por ello ataja con ímpetu los golpes, de modo que la distancia protectora del precio jamás sea puesta en peligro. Para el comprador es motivo de orgullo no dejarse engañar, no consiste en una simple conversación, puesto que en todo momento tantea en la oscuridad. En los países que viven la moralidad del precio, allí donde dominan los precios más estables, comprar algo carece de todo arte. Cualquier tonto va y encuentra cuanto necesita; cualquier tonto que sepa contar puede evitar el engaño.

En los suks, por el contrario, el primer precio que se ofrece constituye un acertijo inextricable. Nadie lo conoce de antemano, ni siquiera el tendero, pues existen en cualquier caso numerosos precios. Cada uno vale para la situación, el comprador, la hora del día y según el día de la semana. Hay precios para un solo producto y otros para dos o más juntos. Hay precios para extranjeros que sólo están un día en la ciudad, y otros para extranjeros que viven en ella desde hace tres semanas. Hay precios para pobres y precios para ricos, para aquéllos, por supuesto, los más elevados. Podríamos pensar que existe mayor variedad de precios que personas distintas sobre la tierra.

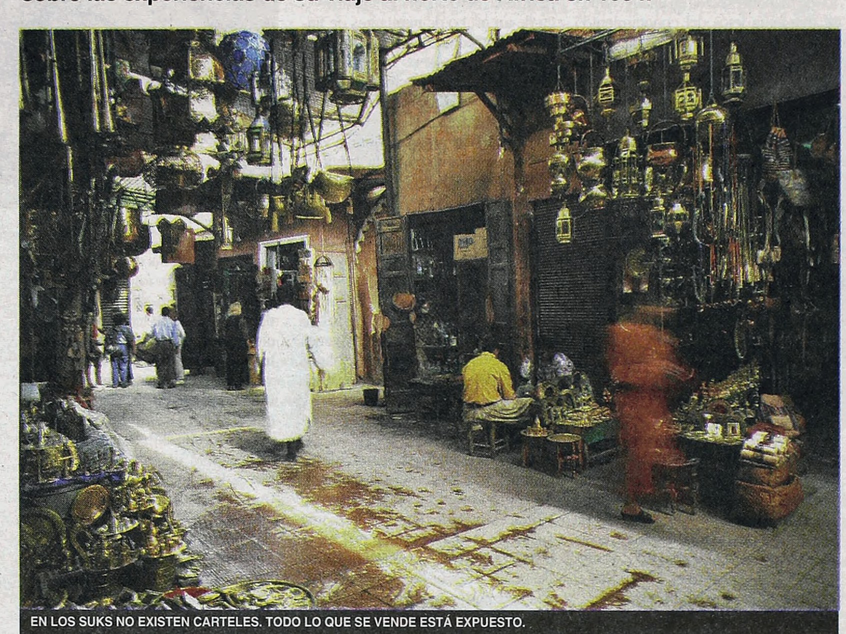
Pero se trata, en principio, del comienzo de un complicado "affaire", de cuya salida nada se conoce. Se asegura que debe uno rebajar aproximadamente a un tercio el precio inicial; por supuesto esto no es más que una burda apreciación y una de esas insípidas generalizaciones con las que se despacha a la gente que no está en situación o con deseos suficientes para acometer las sutilezas de tan ancestral procedimiento.

Es de desear que el tira y afloja de la negociación dure una pequeña y generosa eternidad.

El comerciante gusta del tiempo que se emplea en la compra. Los argumentos que apuntan a la condescendencia del otro resultan artificiosos, embrollados, vehementes y apasionados. Se puede ser digno o elocuente, mejor las dos cosas. Con la dignidad se demuestra por ambas partes que no se está muy decidido a la venta o a la compra. Con la elocuencia se ablanda la cerrazón del contrincante. Existen argumentos que despiertan mero desdén, pero otros tocan el corazón. Hay que probarlo todo antes de claudicar. Llegado el momento de ceder, debe ocurrir inesperada y repentinamente, de manera que el contrincante quede desconcertado; y pida otra oportunidad de reflexión. Unos desarman al otro con altanería, otros con charme. Cualquier truco está permitido; un descuido es inimaginable.

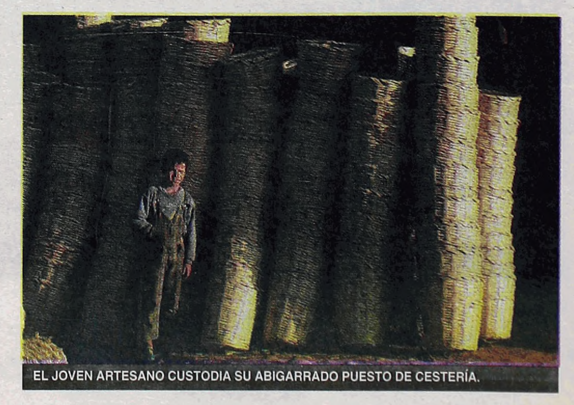
En tiendas grandes por las que se puede entrar y dar una vuelta, el vendedor cuida gustosamente de consultar con un segundo comerciante antes de ceder. Este último, oculto en segundo plano, una especie de autoridad espiritual en materia de precios, entra en escena, pero no regatea por sí mismo. Se le consulta solamente para tomar resoluciones definitivas. Puede admitir, por así decir, contra los deseos del vendedor, fantásticas fluctuaciones en el precio. Sin embargo, hasta que él interviene, nadie en ningún momento ha conseguido nada.

* *Las Voces de Marrakesh*. Editorial Pre-Textos. Valencia, España. 1981.


EN LOS SUKS NO EXISTEN CARTELES. TODO LO QUE SE VENDE ESTÁ EXPUESTO.


BRILLO DE OBJETOS Y SONRISAS.


UN COMERCIO ABIERTO EN UNA SOCIEDAD QUE OCULTA EL ROSTRO DE SUS MUJERES.


EL JOVEN ARTESANO CUSTODIA SU ABIGARRADO PUESTO DE CESTERÍA.